

al amo, quien me hizo veinte preguntas, á las que contesté á su satisfacción, y me quedé en la casa con salario asignado de cuatro pesos mensuales y plato.

Permanecí dos meses en clase de mozo, moliendo palos, desollando culebras, atizando el fuego, haciendo mandados y ayudando en cuanto se ofrecía y me mandaban, á satisfacción del amo y del oficial.

Luego que tuve juntos ocho pesos, compré medias, zapatos, chaleco, chupa y pañuelo; todo del baratillo, pero servible. Lo traje á la casa ocultamente, y á otro día, que fué domingo, me puse hecho un veinticuatro.

No me conocía el amo, y alegrándose de mi metamorfosis, decía al oficial: —Vea usted, se conoce que este pobre muchacho es hijo de buenos padres y que no se crió de mozo de botica. Así se hace, hijo, manifestar uno siempre sus buenos principios, aunque sea pobre, y una de las cosas en que se conoce el hombre que los ha tenido buenos, es que no le gusta andar roto ni sucio. ¿Sabes escribir? —Sí, señor, le respondí. — A ver tu letra, dijo; escribe aquí.

Yo, por pedantear un poco y confirmar al amo en el buen concepto que había formado de mí, escribí lo siguiente:

*Qui scribere nesciunt nullum putant esse laborem.
Tres digiti scribunt, cætera membra dolent.*

— ¡Hola! dijo mi amo todo admirado: escribe bien el muchacho y en latín. ¿Pues qué, entiendes tú lo que has escrito? — Sí, señor, le dije; eso dice «que los que no saben escribir, piensan que no es trabajo; pero que mientras tres dedos escriben se incomoda todo el cuerpo.» — Muy bien, dijo el amo; según eso, sabrás qué significa el rótulo de esa redoma. Dímelo. — Yo leí *Oleum vitellorum ovorum*, y dije: — Aceite de yema de huevos. — Así es, dijo don Nicolás, y poniéndome botes, frascos, redomas y cajones, me siguió preguntando: ¿y aquí qué dice? — Yo, según él me preguntaba, respondía: *Oleum escorpionum*. Aceite de alacranes... *Aqua menthae*. Agua de hierba buena... *Aqua petrocelini*. Agua de perejil... *Sirupus pomorum*. Jarabe de manzanas... *Unguentum cucurbitae*. Ungüento de calabaza... *Elixir*... — Basta, dijo el amo, y volviéndose al oficial, le decía: — Qué dice usted, don José, ¿no es lástima que este pobre muchacho esté de mozo pudiendo estar de aprendiz con tanto como tiene adelantado? — Sí, señor, respondió el oficial, y continuó el amo hablando conmigo. — Pues bien, hijo, ya desde hoy eres aprendiz; aquí te estarás con don José y entrarás con él al laboratorio para que aprendas á trabajar, aunque ya algo sabes por lo que has visto. Aquí está la Farmacopea de Palacios, la de Fuller y la Matritense; está también el Curso de Botánica de Linneo y ese otro de Quími-

ca. Estudia todo esto y áplícate, que en tu salud lo hallarás.

Yo le agradecí el ascenso que me había dado subiéndome de mozo de servicio á aprendiz de botica, y el diferente trato que me daba el oficial, pues desde ese momento ya no me decía Pedro á secas, sino don Pedro; mas entonces yo no paré la consideración en lo que puede un exterior decente en este mundo borracho, pero ahora sí. Cuando estaba vestido de mozo ó criado ordinario nadie se metió á indagar mi nacimiento, ni mi habilidad; pero en cuanto estuve medio aderezado, se me examinó de todo y se me distinguió en el trato. ¡Ah vanidad, y cómo haces prevaricar á los mortales! Unas aventuras me sucedían bien y otras mal, siendo el mismo individuo, sólo por la diferencia del traje. ¿A cuántos pasa lo mismo en este mundo? Si están decentes, si tienen brillo, si gozan proporciones, los juzgan, ó á lo menos los lisonjean por sabios, nobles y honrados, aun cuando todo les falte; pero si están de capa caída, si son pobres y á más de pobres trapientos, los reputan y desprecian como plebeyos, pícaros é ignorantes, aun cuando aquella miseria sea efecto tal vez de la misma nobleza, sabiduría y bondad de aquellas gentes. ¿Qué hiciéramos para que los hombres no fijaran su opinión en lo exterior ni graduaran el mérito del hombre por su fortuna?

Mas estas serias reflexiones las hago ahora; enton-

ces me vanaglorié de la mudanza de mi suerte, y me contenté demasiado con el rumboso título de aprendiz de botica sin saber el común refrancillo que dice: *Estudiante perdulario, sacristán ó boticario*.

Sin embargo, en nada menos pensé que en aplicarme al estudio de química y botánica. Mi estudio se redujo á hacer algunos menjurjes, á aprender algunos términos técnicos, y á agilitarme en el despacho; pero como era tan buen hipócrita, me granjeé la confianza y cariño del oficial (pues mi amo no estaba mucho en la botica), y tanto que á los seis meses ya yo le ayudaba también á don José que tenía lugar de pasear y aun de irse á dormir á la calle.

Desde entonces ó tres meses antes se me asignaron ocho pesos cada mes, y yo hubiera salido oficial como muchos si un accidente no me hubiera sacado de la casa. Pero antes de referir esta aventura es menester imponeros en algunas circunstancias.

Había en aquella época en esta capital un médico viejo á quien llamaban por mal nombre doctor Purgante, porque á todos los enfermos decía que facilitaba la curación con un purgante.

Era este pobre viejo buen cristiano, pero mal médico y sistemático, y no adherido á Hipócrates, Avicena, Galeno y Averroes, sino á su capricho. Creía que toda enfermedad no podía provenir sino de abundancia de

humor pecante, y así pensaba que con evacuar este humor se quitaba la causa de la enfermedad. Pudiera haberse desengañado á costa de algunas víctimas que sacrificó en las aras de su ignorancia; pero jamás pensó que era hombre; se creyó incapaz de engañarse, y así obraba mal; mas obraba con conciencia errónea. Sobre si este error era ó no vencible, dejémoslo á los moralistas; aunque yo para mí tengo que el médico que yerra por no preguntar ó consultar con los médicos sabios por vanidad ó capricho peca mortalmente, pues sin esa vanidad ó ese capricho pudiera salir de mil errores, y de consiguiente ahorrarse de un millón de responsabilidades, pues un error puede causar mil desaciertos.

Sea en esto lo que deba ser en conciencia, este médico estaba igualado con mi maestro. Esto es; mi maestro don Nicolás enviaba cuantos enfermos podía al doctor Purgante y éste dirigía todos sus enfermos á nuestra botica. El primero decía que no había mejor médico que el dicho viejo, y el segundo decía que no había mejor botica que la nuestra, y así unos y otros hacíamos muy bien nuestro negocio. La lástima es que este caso no sea fingido, sino que tenga un sin fin de originales.

El dicho médico me conocía muy bien, como que todas las noches iba á la botica, se había enamorado de mi letra y genio (porque cuando yo quería era capaz de engañar al demonio), y no faltó ocasión en que me

dijera: — Hijo, cuando te salgas de aquí avísame, que en casa no te faltará qué comer ni qué vestir. — Quería el viejo poner botica y pensaba tener en mí un oficial instruído y barato.

Yo le dí las gracias por su favor, prometiéndole admitirlo siempre que me descompusiera con el amo, pues por entonces no tenía motivo de dejarlo.

En efecto, yo me pasaba una vida famosa y tal cual la puede apetecer un flojo. Mi obligación era mandar por la mañana al mozo que barriera la botica, llenar las redomas de las aguas que faltaran, y tener cuidado de que hubiera provisión de éstas destiladas ó por infusión; pero de esto no se me daba un pito, porque el pozo me sacaba del cuidado, de suerte que yo decía: — En distinguiéndose los letreros, aunque el agua sea la misma, poco importa, ¿quién lo ha de echar de ver? El médico que las receta quizá no las conoce sino por el nombre, y el enfermo que las toma las conoce menos y casi siempre tiene perdido el sabor; conque esta droga va segura. A más de que ¿quién quita que ó por la ignorancia del médico ó por la mala calidad de las hierbas, sea nociva una bebida, más que si fuera con agua natural? Conque poco importa que todas las bebidas se hagan con ésta; antes el refrán nos dice: que al que es de vida, el agua le es medicina.

No dejaba de hacer lo mismo con los aceites, espe-